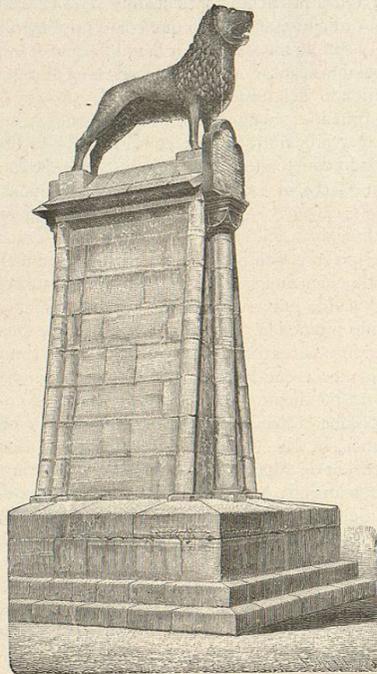


secuencia duras depredaciones, cuando nuevos obstáculos fueron causa de una crisis en extremo peligrosa para Ricardo. En vista de la importancia que para la conjuración de príncipes tenía el prisionero, Enrique no podía desprenderse de su persona sin haber hecho antes completamente inofensiva la liga. De los príncipes que en la conjuración figuraban, solo algunos se mostraron favorables á un arreglo, pero los mas poderosos, el duque de Brabante en primera línea, continuaron dispuestos á la lucha. Enrique no podía dominarlos por completo sin el auxilio del ejército francés, lo cual le impedía defender la causa de Ricardo cerca de Felipe y le obligaba, por el contrario, á procurar atraerse á



Monumento de bronce erigido en honor de Enrique el Leon, en Brunswick, 1166 (el pedestal es de 1616)

los franceses á costa del monarca inglés. En su consecuencia, Ricardo se vió engañado á pesar de todos los tratados, pues si Francia intervenía en la guerra de Alemania su libertad quedaba indefinidamente aplazada. Sin embargo, los caudillos de la liga de príncipes retrocedieron ante esta lucha, por consideración á la suerte que podía esperar á Ricardo, y se mostraron dispuestos á firmar la paz; los príncipes de Sajonia siguieron su ejemplo. El emperador había conseguido lo que se había propuesto.

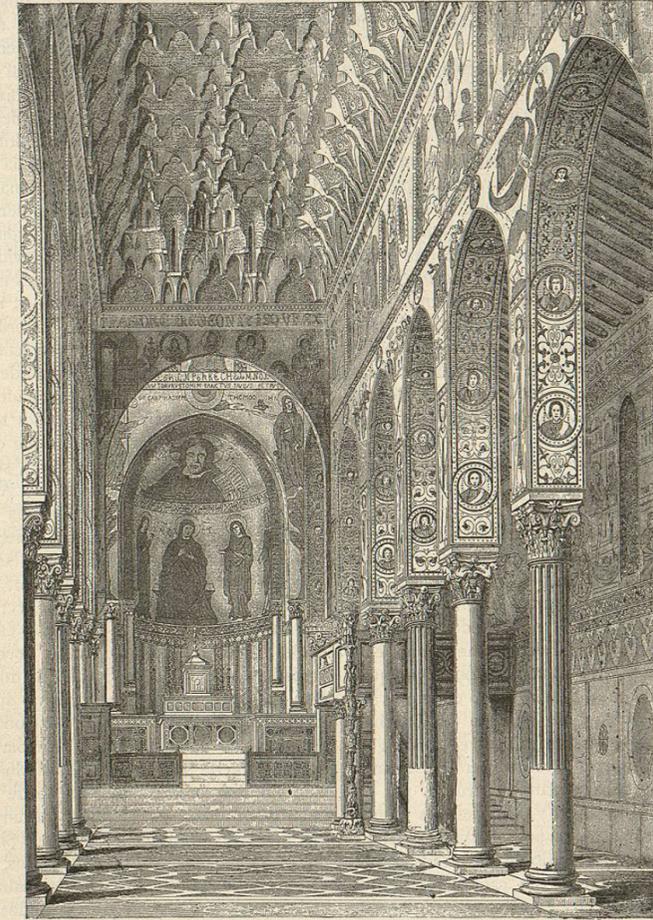
En junio de 1193 reunióse en Coblenza con los príncipes del Rhin, á cuyo frente figuraban los duques de Limburgo y de Brabante, y por medio de un juramento solemne se justificó de la sospecha que sobre él pesaba respecto del asesinato de Alberto de Lutich, asegurando además al cabildo de esta diócesis el libre ejercicio de su derecho electoral. Con esto quedaba disuelta la liga de príncipes y Enrique podía considerarse dueño de la situación. Entonces pareció haber llegado también para los Welfos, que solos continuaban la lucha, la hora de las represalias, pues al único que podía auxiliarles, que era el monarca inglés, creía Enrique poderle

obligar á hacer toda suerte de concesiones en este asunto. A fines del verano, avistóse el emperador con Ricardo en Worms, á donde había acudido un gran número de magnates ingleses. Solo un punto ofrecía aun algunas dificultades, á saber: una exigencia del emperador, cuyo fondo no conocemos con certeza, respecto de Enrique el Leon. Ya anteriormente había rechazado Ricardo cuantas indicaciones sobre el particular se le habían hecho, pues al parecer se trataba de que Ricardo abandonara por completo la causa de los Welfos y aun ayudara á su ruina. En el tratado se decía que si Ricardo cumplía las promesas hechas al emperador relativamente á Enrique el Leon, del rescate señalado le serian condonados 50,000 marcos, siendo puesto el monarca inglés en libertad, después de haber pagado 100,000 marcos, sin necesidad de entregar rehenes. Ricardo no había querido aceptar tal obligación y entonces se le dejó que eligiera entre cumplir ó no los deseos del emperador. El rey optó por la negativa, pues que sabemos que hubo de pagar la suma de 150,000 marcos que para el caso de negarse le había sido señalada. Ricardo no se decidió, pues, á abandonar á su pariente el Welfo, indefenso, á la venganza de su mortal enemigo, lo cual le honra tanto mas cuanto que esta conducta fué causa de que por otro lado hubiera de imponerse duros sacrificios y de que hubiera de renunciar á toda esperanza de verse auxiliado por el emperador contra Felipe II de Francia ó de lograr su mediación cerca de este. Ricardo hubo, pues, de someterse á todas las condiciones que le impuso el monarca francés, viéndose obligado á prestarle vasallaje por sus dominios en el continente, á pagarle la suma de 20,000 marcos y á prometerle la impunidad para su traidor hermano Juan. Entretanto, pasaban meses, y en Inglaterra no podía reunirse la cantidad á que ascendía el rescate, siendo cada vez mas severos los juicios que merecían las pérdidas vacilaciones y la política horriblemente egoísta del emperador. Los príncipes, creyendo que esto comprometía su propio honor y el del imperio, pidieron que se pusiera en libertad á Ricardo aun antes del pago del rescate. La habilidad diplomática del emperador preparaba á todos una nueva sorpresa, pues ofreció á Ricardo no solo la libertad sino la concesión del reino de Arlés. Este reino se hallaba en una dependencia poco fuerte del imperio, pues en realidad había pasado á ser en su mayor parte propiedad de Francia, de modo que si Ricardo aceptaba la donación se vería enredado en una nueva guerra con el monarca francés, con lo cual Enrique quedaria libre de ambos. Por otro lado, Felipe II y Juan de Inglaterra instaban al emperador para que prolongara el mayor tiempo posible la prisión de Ricardo, ofreciéndole en cambio grandes sumas. Juan de Inglaterra de buena gana hubiera querido ver á su hermano encerrado por toda la vida en un castillo. Por su parte el monarca francés, que había repudiado injustamente á su bella esposa la danesa Ingeborga, pidió en seguida la mano de la prima del emperador, Inés, hija de Conrado, conde palatino del Rhin, y Enrique VI no parecia dispuesto á negarse á tal pretension.

Un atrevido suceso amoroso, que ha sido revestido de las galas del romanticismo, rompió la red de intrigas que amenazaba acabar con el héroe prisionero. El primogénito de Enrique el Leon, Enrique, había sido en su infancia desposado con Inés, la cual se consideraba esposa suya y se negaba por ello á aceptar la halagadora oferta del rey de Francia; ¿pero cómo resistir á la voluntad decididamente manifestada de su imperial primo? Por otra parte, el joven welfo no desconocía que, después de haber sido sojuzgada la conjuración de príncipes, la situación de su familia era desesperada: había desaparecido toda esperanza de recuperar lo perdido y podía darse como segura la pérdida de lo que hasta enton-

ces había podido conservarse. La estrella de los Welfos corria rápidamente á su ocaso, mientras la de los Staufen aparecía cada vez mas brillante. El joven Enrique comprendió la inutilidad de proseguir la lucha contra los Staufen, y esto hizo que se mostrara cada dia mas decidido á abandonar la política de los últimos años y á reconciliarse á todo trance con el emperador. Su antiguo desposorio con Inés le facilitó el camino para ello, ayudándole en su empresa la condesa palatina. En efecto, Enrique se dirigió secreta y pre-

cipitadamente hácia el Rhin, y en el castillo de Stahleck, junto á Baccarat, llevó á cabo con gran sigilo su matrimonio con Inés, durante una ausencia del conde palatino. El emperador, encolerizado por este hecho que destruía sus planes, se propuso acabar con los odiados Welfos, que acababan de obtener derechos eventuales al palatinado del Rhin, engrandecido considerablemente por afortunadas conquistas. Mas de nada le valió su cólera: las bendiciones de la Iglesia habían creado un lazo que no le era dado romper.



Capilla del palacio de los reyes normandos en Palermo (1129-1140)

Esto no obstante, creyó poder hacerse obedecer reteniendo encarcelado á Ricardo de Inglaterra, por cuya razón aplazó indefinidamente la libertad del monarca, dando así nuevo pábulo á la agitación. Los príncipes pedían cada vez con mayor insistencia que el rey inglés fuera puesto en libertad, como se les había prometido, á cambio de renunciar ellos á sus antiguos planes contra el emperador. Habían adquirido un prudente y enérgico caudillo en Adolfo de Berg, el sucesor del anciano Bruno en la sede de Colonia, que se alzaba frente á frente del despotismo de Enrique defendiendo las ideas que en otro tiempo había defendido Felipe de Heinsberg. El emperador se vió, pues, por fin obligado á ceder, y aprobando lo que se había hecho en Stahleck tomó bajo

su amparo al joven welfo. En una suntuosa dieta celebrada en Maguncia fué finalmente puesto en libertad, en 4 de febrero de 1194, Ricardo de Inglaterra, el cual pudo verificar el tan deseado regreso á su patria, después de haber sido recibido con júbilo por Adolfo, arzobispo de Colonia. Por mediación del conde palatino y de su yerno, conquistó también Enrique el Leon la gracia del emperador, con quien se avistó en marzo de 1194 en Tylleda, cerca de Kyffhauser; el Leon desistió de los planes que hasta entonces había acariciado, pero en cambio vió que en su hijo se abría una nueva era de prosperidad para su familia, pues el emperador le prometía la sucesión del feudo y herencia de su suegro, ó sea el Palatinado, en cuyo cambio debía acompañarle en su

próxima expedición a Italia. El hijo menor del welfo, Oton, quedó prisionero del emperador, en rehenes para el pago del rescate del monarca inglés. También en Sajonia se restableció entonces la paz, no sin que se conservaran tristísimos recuerdos del largo período de intranquilidad y de desórden. El conde Adolfo de Holstein, que continuaba en lucha con Dinamarca, vióse obligado á firmar una paz desventajosa con Canuto VI, en virtud de la cual el conde quedó sometido á la soberanía danesa. Enrique el Leon, que vivía solo en el castillo de Brunswick, contempló desde allí con gran desaliento estos acontecimientos, á consecuencia de los cuales la Alemania perdía la situación preponderante que él había sabido conquistarle en el Norte.

Enrique VI presencié impasible estos sucesos, pues todos sus pensamientos y todos sus actos estaban concentrados en Italia, país que por tanto tiempo había tenido que abandonar, á pesar de que aun en los momentos más críticos no había renunciado á ninguna de sus pretensiones ni hecho la menor concesión á sus enemigos, que se encontraban dueños de la situación, ni consentido siquiera en aceptar la mediación de Celestino III. Tancredo había puesto en libertad á la emperatriz Constanza, confiada en que podría llegarse á una inteligencia con el emperador por intercesión de aquella princesa, que sentía vivas simpatías por la causa nacional siciliana y que en silencio lamentaba la soberanía extranjera que á su patria amenazaba. Tancredo, durante su permanencia en Roma, tuvo noticia del asesinato del obispo de Lutich, que hacía desaparecer toda esperanza de paz. Entonces la curia salió de su vacilación: Tancredo fué solemnemente reconocido y Celestino III le dió en feudo la Pulla y la Sicilia. A pesar de esto, la situación del rey normando no era muy próspera, y no podía esperar combatir con solos sus recursos propios al emperador, cuyo poderío iba cada día en aumento y que con la prisión de Ricardo se había hecho dueño por completo de la situación. Para con solidar algo más su poder, Tancredo hizo coronar á su primogénito, el niño Roger, como co-monarca y pidió para él la mano de la jóven y hermosa Irene, hija del emperador griego Isaac, que fué conducida á Palermo para ser allí educada. Enrique VI, apenas se vió hasta cierto punto tranquilo respecto de sus enemigos en Alemania, envió en 1192 á Italia un ejército que á las órdenes de Bertoldo de Kunsberg conquistó la Pulla. En 1193 apresuróse Tancredo á dirigirse al continente para resistir á la invasión; pero los triunfos que en un principio consiguió quedaron destruidos por haber fallecido primero su hijo Roger y poco después él mismo (20 de febrero de 1194), á los pocos días después de haber sido puesto en libertad Ricardo de Inglaterra. El partido nacional se encontró entonces sin caudillo, pues ¿qué importancia podía tener el hecho de que el segundo hijo de Tancredo, Guillermo III, fuera inmediatamente coronado rey? Esta simple circunstancia decidió la próxima campaña, cuando en mayo de 1194 salió el emperador de Alemania.

Después de haber establecido la paz, en la Alta Italia, entre Cremona y Milan, y de haber obtenido el auxilio de las escuadras pisana y genovesa, dirigióse el emperador hácia el Sur, no encontrando á su paso resistencia más que en algunos puntos aislados, pues la mayoría de las ciudades inclusa Nápoles, ante cuyas murallas tanto había sufrido en otro tiempo, le enviaron embajadas para rendirle homenaje. Salerno pagó su antigua deslealtad con su completa destrucción. Lo mismo pasó en Sicilia: el emperador llegó á fines de octubre á Messina, donde le esperaban las escuadras de Génova y de Pisa, siendo allí objeto de un respetuoso recibimiento. La mayor parte de los magnates se apresuró á rendirle vasallaje, siendo los que tal hicieron recompensados

con favores y concesiones. La severidad con que procedió contra los pocos que le opusieron resistencia quitó á los demás los deseos de hacer igual tentativa. La capital, Palermo, amenazada por tierra y por mar, y desde la cual huyó en dirección al interior de la isla la reina viuda con el jóven rey y con sus otros hijos, se rindió, sin luchar, al vencedor alemán, el cual muy pronto pudo establecerse en el magnífico palacio de los reyes normandos La Favara, donde la riqueza y la notable civilización de su nuevo reino se ofrecieron á su vista en todo su esplendor oriental. Enrique honró esta civilización y se honró á sí mismo prohibiendo bajo severísimas penas toda violencia, todo saqueo, toda destrucción. El día 26 de noviembre de 1194 hizo con gran pompa su entrada triunfal en la capital, llevando al lado á su hermano el jóven, rubio y bello Felipe, que había renunciado á la carrera eclesiástica para volver á ser príncipe laico, y siendo saludado por las aclamaciones de la multitud, que ante él dobló respetuosamente la cabeza. La familia de Tancredo abandonó también toda resistencia: la reina viuda, Sibila, recibió la soberanía de Lecce y su hijo Guillermo el principado de Tarento. A cambio de esto le cedió la corona, que ciñó solemnemente Enrique el día de Navidad en la catedral de Palermo, admirable obra de los reyes normandos. Brillantes fiestas, ricos presentes á los príncipes, régias recompensas á sus soldados, solemnizaron la victoria sin trabajo alguno conseguida por Enrique y la conquista del reino normando realizada sin derramar una sola gota de sangre; y como si la suerte quisiera premiar en el emperador el valor indómito que aun en las mayores adversidades había mostrado, tuvo la dicha de que el mismo día en que ceñía la corona normanda (25 de diciembre de 1194), su esposa Constanza diera á luz en Jesi, en la Marca de Ancona, un niño que llevó los dos nombres de sus abuelos Roger, el materno, y Federico, el paterno. Este acontecimiento tenía excepcional importancia en un momento en que las tendencias hácia el principio hereditario debían prevalecer, partiendo de Sicilia, en todos los reinos reunidos bajo el cetro de Enrique.

Pronto, sin embargo, se convenció este de cuán inseguro era el suelo que pisaba y de cuán poco significaba para la verdadera opinión de los círculos de donde partía la dirección política el solemne recibimiento que se le había hecho en Palermo. En efecto, el partido nacional había sido sorprendido, pero no vencido, y lo que no había podido conservar en la lucha abierta pensaba reconquistarlo por medio de la traición y de las conjuraciones. En 19 de diciembre el emperador tuvo noticia, por conducto de un monje, de un complot que se estaba tramando: la reina Sibila, su hijo, sus tres hijas y algunos magnates fueron presos, y cuando se confirmaron los hechos de que se les acusaba, fueron encerrados en la cárcel para ser luego desterrados allende los Alpes. Aleccionado Enrique por esta triste experiencia, hizo llevar á Alemania los ricos tesoros de los reyes normandos, para cuya traslación se necesitaron ciento cincuenta acémilas, y cuyo valor se convirtió en el monarca más rico de su época; los poderosos recursos que estas riquezas le ofrecían le hicieron parecer fácil la realización de cuanto en adelante se propusiera. Enrique pensaba todavía que podría reconciliar á sus nuevos súbditos con el cambio de dinastía y gobernarlos pacíficamente, conservando, por lo menos, las formas tradicionales y dando á su gobierno cierta apariencia de gobierno nacional; en este sentido adoptó algunas disposiciones en la dieta que reunió en Bari, en la Pascua del año 1195. Cuando quiso regresar á Alemania para perseguir fines de mayor importancia, dejó como regente del reino á la emperatriz Constanza, imponiéndole la condición de gobernar según las leyes del país, en las cuales le prohibió introducir modificación algu-

na. Era peligroso dejar el poder supremo á su esposa, que como luego se vió, simpatizaba con la causa nacional; pero Enrique creyó que evitara este peligro confiando los principales cargos y los grandes feudos de la corona á alemanes de toda su confianza. Conrado de Urslingen, el palaciego imperialista que tanto se había distinguido en su servicio y que ya había sido nombrado duque de Spoleto, fué puesto al lado de Constanza como gobernador del reino. Esta contradicción que entre la apariencia y la esencia existía, hizo que los sicilianos sintieran más el cambio experimentado y que les pareciera doblemente opresora la soberanía de los bárbaros del Norte. A pesar de esto, parecía no existir entonces esperanza alguna de que tal dominación tuviera pronto término, pues la Sicilia no era más que un eslabón, el más importante sí pero por lo mismo el más fuertemente soldado, de la larga cadena con que el poderoso Staufen aprisionaba al mundo occidental para servirse de este en provecho de la dominación imperial universal, que cada día se iba extendiendo más de Oriente á Occidente.

Toda la Italia sufrió la misma suerte que Sicilia: Cerdeña y las demás islas cayeron, en parte por pertenecer á la herencia de la condesa Matilde, en poder de Enrique, el cual auxiliado por las escuadras genovesa y pisana dominaba en aquellos mares, mientras en Roma ejercía influencia decisiva por medio del Senado, que era el que allí gobernaba, con lo cual se encontraba en una magnífica situación para poder hacer frente á cualquier resistencia de la curia romana. En ningún tiempo se había visto la Italia tan por completo en poder de un emperador, y ninguno de estos había estado jamás en condiciones tan propicias como entonces para imponer la soberanía universal. Pero tampoco ningún emperador había manifestado tan enérgica y públicamente cuáles eran los fines que se proponía, y ninguno había trabajado tan sistemáticamente y con tanta energía por obtenerlos. Inglaterra era un Estado vasallo del emperador, y su rey, Ricardo, recibió entonces de este una corona de oro y fué por él instigado á que luchara con todas sus fuerzas contra Felipe II, pues Enrique consideraba como misión que inmediatamente debía cumplir la de vencer al monarca francés y sujetar á Francia á la soberanía imperial. Por eso se mostró muy descontento de la paz que ambos rivales habían firmado, cuando Alfonso de Castilla, derrotado por los moros, pasó fugitivo los Pirineos y se trató de evitar por medio de una acción común los ulteriores progresos que pudieran hacer los infieles. Enrique había proyectado aprovecharse de la crisis en que España se encontraba para apoderarse de Aragón, que con sus territorios de allende los Pirineos amenazaba el reino de Arlés, cuya entera posesión codiciaba también el emperador. Para esta empresa, la envidia mercantil que sentían los genoveses contra sus competidores aragoneses le hubiera proporcionado las fuerzas marítimas necesarias. Entabló, pues, íntimas relaciones con los príncipes mahometanos del Norte de África que de antiguo venían sosteniendo animado tráfico con Sicilia, y que le enviaron algunas embajadas. Sus planes de dominación universal, que cada día progresaban por la conquista de nuevos territorios, abrazaban ya toda la cuenca occidental del Mediterráneo y su vista se fijaba en la oriental, haciendo entrar el Oriente en sus atrevidas combinaciones. Para esto le trazaban el camino las gloriosas hazañas de su gran padre y la consideración de que el imperio universal no podía, por su naturaleza, completarse sino con el mando militar supremo sobre todas las fuerzas de la cristiandad en la lucha decisiva por la posesión de los Santos Lugares. La experiencia de los últimos siglos, y sobre todo la de su imperial padre, le enseñaban, sin embargo, que tal empresa había de encontrar

siempre la más enérgica resistencia en los bizantinos y que por lo mismo lo primero que se necesitaba para llevarla á cabo era avasallar el imperio griego. De aquí sus primeros pasos para conseguir este fin. En el palacio real normando de Palermo había encontrado á la jóven prometida del difunto Roger, Irene, hermosa hija del emperador griego Isaac el Angel, la cual fué entonces desposada con Felipe, el hermano más jóven pero más simpático y de mejores cualidades del emperador, á quien este, en la dieta de Bari, había hecho marqués de Tuscia. En estas circunstancias llegó la noticia de haber sido destronado el emperador Isaac el Angel por su sobrino Alejo, en lo cual Enrique creyó ver un pretexto para intervenir en los asuntos griegos y quizás un punto de partida para poner, en una ú otra forma, el imperio bizantino bajo su soberanía. Entretanto, envió una embajada á la Armenia, donde tan buena acogida habían tenido en otro tiempo Federico I y su extenuado ejército, con el objeto de ofrecer al hethúmda Leon la corona real, como donación de Enrique VI. Los fundadores de los Estados francos en Oriente habían cometido una gran falta política cuando con su mezquina desconfianza y con su poco generoso celo religioso se enemistaron con sus naturales aliados, los cristianos, nobles y cultos armenios.

Enrique marchaba á pasos agigantados hácia su objeto, y aun cuando todavía no podía preverse el momento en que podría dirigirse á Oriente como jefe de la cristiandad, quería aprovecharse de las ventajas que tal situación le proporcionaba, tanto más cuanto que si dirigía todos sus esfuerzos á una cruzada, desarmaría por completo á sus enemigos y haría imposible toda resistencia por parte de la curia romana, la cual por el contrario se vería obligada á prestarle su ayuda. Por esto á fines de mayo de 1195 se cruzó en Bari. Sus cálculos resultaron plenamente confirmados: Celestino III, desarmado por completo, procuró asegurar con todas sus fuerzas el buen éxito de la laudable empresa que quería acometer Enrique VI, y engañado por la hábil diplomacia de este y por las ilusiones que se forjó, no comprendió que en esta cruzada no se trataba de un fin religioso, sino de un objeto puramente político, y que por lo mismo todas las ventajas que pudiera reportar habían de ser exclusivamente para el imperio. Amalrico, el rey de Chipre, envió sus embajadores á Enrique para que le rindieran tributo como defensor del Oriente cristiano. El carácter laico de la empresa, cuyo éxito parecía asegurado, era, sin embargo, lo que precisamente le atraía mayores simpatías; en todas partes comenzaron con gran entusiasmo los preparativos, y Enrique creyó poder emprender la marcha el día de Navidad del año 1196. Sin embargo, antes de partir quiso terminar y coronar el edificio de la dominación universal, haciendo reconocer solemne y expresamente la transmisión hereditaria de la soberanía en su familia.

La ocasión para ello se presentaba sumamente propicia: el mundo seguía con admiración los triunfos de Enrique, la Iglesia estaba desarmada por los votos hechos para emprender una cruzada, y cualquiera que se opusiera á lo que exigiese Enrique para cumplir sus votos imposibilitaba el logro de la santa empresa. La Alemania estaba tranquila, pues la pequeña guerra que sostenían en el Norte Adolfo de Schauenburgo y el arzobispo Hartwich II de Bremen, vuelto de su destierro, no tenía importancia ninguna ni ofrecía ningún peligro, desde que Enrique el Leon había fallecido (6 de agosto de 1195) en el castillo de Brunswick y desde que su primogénito, al casarse con la hija del conde palatino del Rhin, había roto con su pasado y se portaba, según lo había hecho en Sicilia, como fiel auxiliar del emperador y servidor celoso de la grandeza de los Staufen. Había,